

**EL VOTANTE OBAMA-TRUMP EN EL CONDADO SUFFOLK:
¿REALIDAD O MITO?**

SEBASTIÁN POSADA TORRES



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
BOGOTÁ**

2023

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

CARRERA DE SOCIOLOGÍA

**FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA Y RELACIONES
INTERNACIONALES**

CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANOS ACADÉMICOS

Juana María Marín Leoz y Sebastián Límpez de Castro

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

Henry Salgado Ruiz

DIRECTOR DE LA CARRERA DE SOCIOLOGÍA

Henry Salgado Ruiz

DIRECTORA DEL DEPARTAMENTO DE CIENCIA POLÍTICA

María Lucía Zapata Cancelado

DIRECTORA DE LA CARRERA DE CIENCIA POLÍTICA

Diana Carolina Cárdenas Bocanegra

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Henry Salgado Ruiz

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

Con sumo agradecimiento a todos quienes me hayan ofrecido su tiempo,
palabras, y pensamientos...

CONTENIDO

Resumen	p.6
Introducción	p.7
Objetivos	p.9
Problema	p.10
Hipótesis	p.13
Justificación	p.14
Estado del Arte	p.15
Marco Teórico	p.25
Metodología	p.30
Capítulo I: El Partido, Ante Todo	p.33
Capítulo II: La Tormenta Perfecta	p.35
Capítulo III: ¿Qué Cambió?	p.39
Conclusiones	p.42
Bibliografía	p.43

Resumen:

En las elecciones presidenciales del 2016, se presentó en Estados Unidos un evento calificado en ese entonces como sísmico para el sistema político: la victoria del magnate multimillonario Donald Trump. Ante este suceso, los medios de comunicación masivos de inmediato se impusieron a sí mismos la búsqueda de qué causó este hecho.

Las respuestas abundaron, a veces entremezclándose y a ratos oponiéndose. Lo que sí fue evidente para todos, sin embargo, fue que la elección de Trump se debió a un fenómeno de carácter regional. Efectivamente, de los estados que habían dado su voto popular (y, por ende, sus votos dentro del Colegio Electoral), previamente por Obama durante los ciclos electorales del 2008 y del 2012, antes de dárselos a Trump en el 2016, la mayoría se ubicaban dentro del medio oeste del país, en lo que popularmente se conoce como el *Rust Belt* (Cinturón de Óxido). Esta parte del país, asociada comúnmente con la industrialización estadounidense y su declive subsecuente, entonces fue señalada como fundamental para el momento político-social que atravesaba la nación norteamericana.

Para subrayar la magnitud de este fenómeno, tan sólo hay que hacer referencia a las diferencias entre los mapas electorales a lo largo de las dos décadas pasadas. Por ejemplo, de todos los estados que pasaron de votar por Obama en el 2012 a Trump en el 2016, ninguno se destacó tanto como Iowa, desde un punto de vista cartográfico. Treinta y un condados que habían dado sus votos populares a Barack Obama tanto en el 2008 y el 2012, fueron conquistados por el quien años atrás lo había acusado de haber nacido en Kenia.

Esto llama la atención a los llamados condados *pivot*, donde se refleja a lo largo del tiempo el cambio en tendencias políticas a nivel local. Eso condados, pese a concentrarse en el medio oeste de los Estados Unidos, no son exclusivos a esta región.

Un ejemplo de esto que se podría considerar particularmente interesante es el condado Suffolk, ubicado al este de la ciudad de Nueva York. En este condado, cuya población de aproximadamente millón y medio de habitantes supera incluso a algunos países pequeños, Obama ganó en las elecciones del 2008 y 2012, pero luego fue dominado por Trump en el 2016. Ante esto, surge una interrogante que va al corazón de este asunto: ¿por qué?

Desde el 2016 hasta el presente, se ha especulado sobre qué subyace a este hecho. Una hipótesis recurrente alude a los llamados votantes Obama-Trump, quienes, por diversas posibles razones, cruzaron el muro partidista para darle la victoria al magante. Ahora bien, teniendo en cuenta la narrativa sobre este grupo, se puede especular si constituye un fenómeno explicativo para todas las regiones Obama-Trump. Efectivamente, el condado Suffolk, a diferencia de lugares como Iowa, queda por fuera del Cinturón de Óxido, y posee historias políticas, económicas, y sociales distintas a lo que es considerado como el “hogar” mayor de los votantes Obama-Trump.

Siendo así, el estudio presente busca determinar si los votantes Obama-Trump siquiera podrían constituir un grupo lo suficientemente grande para explicar el realineamiento del condado Suffolk.

Palabras Clave: *condados pivot, realineamientos políticos, votantes Obama-Trump*

Introducción:

En Estados Unidos, existe un sistema político bipartidista que ha logrado sobrevivir desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad. La preservación de este sistema, no obstante, no implica alguna especie de homogeneidad a lo largo de la historia estadounidense, observándose múltiples transformaciones de los dos partidos (Demócrata y Republicano), según las coyunturas a que se enfrentaban. Asimismo, sus bases de apoyo electoral, posiciones ideológicas, y fuentes de financiación (entre otros elementos) han sufrido numerosos cambios desde su fundación hasta el momento presente.

En las elecciones presidenciales del 2016, se evidenció lo que para muchos era el indicio de una nueva era dentro de la política norteamericana. A pesar de haber ganado el voto popular nacional, Hillary Clinton, figura nacional y para ese entonces candidata oficial del Partido Demócrata, perdió dentro del sistema del colegiado electoral, obteniendo 232 votos frente a los 306 ganados por su adversario, Donald Trump. De los 26 estados que votaron por Barack Obama en el 2012, seis votaron por el candidato del Partido Republicano. Entre éstos se destacaron Wisconsin, Michigan, y Pennsylvania, estados cuyos votos populares (y, asimismo, votos electorales) habían favorecido al candidato Demócrata desde hace más de dos décadas. Esto significó la quiebra de lo que había sido denominado como el “Muro

Azul” (Blue Wall), la región del medio-oeste del país que se había consolidado como bastión del Partido Demócrata.

Lo anterior, si bien ha resultado como objeto de fascinación para múltiples comentaristas, no es algo desconocido en la política del país norteamericano. Realineamientos políticos se han presentado de forma constante a lo largo de su historia, reflejándose tanto a nivel nacional como local. Lo que sí se destaca en relación con lo acontecido en el 2016 (y ciclos electorales subsecuentes) es el surgimiento de un debate sobre por qué el Partido Demócrata ha ido perdiendo control electoral en ciertas regiones y estados mientras ha ido volviéndose potencia electoral en otras, llegando incluso a arrebatarle el dominio al Partido Republicano en lugares donde este había prevalecido hasta hace poco.

Múltiples hipótesis han florecido a raíz de este debate, citando elementos tan distintos como el auge del populismo a nivel global, los movimientos migratorios internos, y el aumento contemporáneo de la polarización, entre otros. Sin embargo, dos argumentos han ganado suficiente fuerza como para situarse como las más notorias. El primero sostiene que tendencias demográficas recientes, ilustradas por el aumento de la diversidad racial y la migración masiva de personas desde el llamado Cinturón del Óxido (Rust Belt) al llamado Cinturón del Sol (Sun Belt) constituyen el factor principal detrás del realineamiento político estatal. El segundo, en cambio, plantea que el Partido Demócrata, tras de haberse ufano por años de ser moderados en temas tales como los controles financieros, el apoyo a sindicatos, y la expansión de derechos laborales, entre otros, sembró las semillas de su propia derrota al alejarse de los intereses de muchos de sus votantes tradicionales, pasando muchos de éstos a las filas del partido contrario al apearse a las propuestas políticas de Trump.

Teniendo en cuenta lo anterior, no basta con una descripción general de los fenómenos ya mencionados para describir el carácter y magnitud de los cambios que se han venido presentando, sino que se hace imperativo el acercamiento a un caso específico de realineamiento político. Para este fin, se empleará un condado específico, para poder indagar sobre las causas de su transformación partidista en años recientes. Existen varios posibles candidatos, no limitándose exclusivamente a aquellos estados que pasaron de dar sus votos electorales a Obama en el 2012 a Trump en el 2016, sino además a algunos donde

las márgenes de victoria para el partido hegemónico han experimentado cambios notables en tiempos recientes (entre estos se destacan Arizona, Georgia, Minnesota, y New Hampshire, entre otros). No obstante, uno que se destaca (y que será empleado como caso de estudio) es el condado Suffolk, en el estado de Nueva York.

Objetivo General:

El objetivo general de este estudio es buscar cuál ha sido la causa de que tantos votantes en el estado del condado Suffolk hayan optado por apostarle al candidato republicano Donald Trump en el 2016 (y volver a hacerlo en el 2020) en comparación con los candidatos demócratas. Teniendo en cuenta lo anteriormente descrito sobre la evolución que ha caracterizado a la política estadounidense en años recientes, se buscará identificar qué hay detrás de lo ocurrido en el condado Suffolk, pasando de ser un estado donde Barack Obama tuvo un desempeño electoral respetable en los ciclos electorales del 2008 y 2012 (ganando por márgenes del 5.00% y del 2.08%, respectivamente (New York Times, 2008) (New York Times, 2012) a un aparente bastión del Partido Republicano desde la segunda mitad de la década pasada, por lo menos a nivel presidencial. Con el desarrollo de esta tarea, se guarda la esperanza de que se podrá dilucidar con mayor certeza qué subyace al cambio de patrones electorales a lo largo de los Estados Unidos. A su vez, este fenómeno, tanto social como político, podría contribuir a revelar en qué dirección se dirige el sistema de partidos en Estados Unidos.

Objetivos Específicos:

- Determinar si efectivamente se ha presentado una cantidad significativa de votantes quienes habiendo votado anteriormente por Obama, decidieron votar por Trump en las últimas dos jornadas presidenciales.
- Determinar si la cantidad de votantes Obama-Trump del condado Suffolk haya sido lo suficientemente grande para constituir una posible causa de que dicho condado se haya posicionado como condado pivote en años recientes a nivel presidencial.
- Identificar si el realineamiento político dentro del condado Suffolk podría considerarse afín a lo que se ha especulado como posible causa del mismo en el Cinturón de Óxido (es decir, como producto de una cantidad significativa de votantes blancos sin educación universitaria sintiéndose desencantados con el

estado del Partido Demócrata frente a lo que perciben como una verdadera alternativa en el populismo Trumpista).

- Determinar si el votante Obama-Trump promedio plantea su racionalidad en términos de una percepción de que su calidad de vida haya empeorado en años recientes.
- Indagar sobre qué podría incidir en la percepción del deterioro anteriormente señalado, si existe.

Planteamiento del Problema:

El presente estudio nace del reconocimiento de que algo novedoso parece hallarse en la política estadounidense. En los comicios presidenciales del 2016, Donald Trump sorprendió al mundo entero al resultar victorioso, venciendo a una candidata quien se había perfilado ante el establecimiento político como elección obvia y haciendo reevaluar todo tipo de creencias ortodoxas con respecto a la política estadounidense. Entre todo lo inesperado, se presentó como algo particularmente destacable el hecho de que múltiples estados donde Barack Obama había ganado el voto popular cuatro años antes terminaron en la columna del magnate republicano.

Efectivamente, el que los estados de Ohio, Iowa, Florida, Wisconsin, Michigan, y Pennsylvania hayan dado sus votos electorales por Trump no fue secundario al resultado de la jornada electoral, sino decisivo. Teniendo en cuenta que las elecciones presidenciales en los Estados Unidos no se deciden a favor del candidato quien gane el voto popular nacional, sino a favor del candidato que gane el voto popular en suficientes estados para sumar la mayoría de los votos del Colegio Electoral, el hecho de que Trump haya ganado casi tres millones de votos menos que Hillary Clinton a nivel nacional no pudo prevenir que el primero se haya hecho con el premio mayor. Esto, a su vez, refleja con particular agudez el carácter subnacional de las elecciones presidenciales en el país norteamericano.

En efecto, más allá de ganar más votos, se aprecia la necesidad de ganar más votos en los estados correctos, con el objetivo de alcanzar los 270 votos electorales que constituyen una mayoría simple del Colegio Electoral. A raíz de esto, se explica entonces el enfoque que históricamente le han puesto los candidatos al ejecutivo a los llamados *estados pendulares*, estados los cuales se han mostrado como ganables por parte de ambos partidos a lo largo de

los ciclos presidenciales. Si bien el hecho de que algunos estados se hayan cambiado de bando entre el 2012 y el 2016, y subsecuentemente hayan producido el cambio del partido gobernante, no son inusuales, sí fue percibido como espectacular la manera en que se dio.

Estados que Obama había ganado por márgenes amplias, sobre todo en el 2008 pero también en el 2012, fueron aquellos que le dieron la presidencia a Trump. En específico, el llamado *muro azul*, región ubicada en el medio oeste del país que había dado sus votos electorales por el candidato demócrata desde la década de los ochenta, fue el centro de atención por parte de los medios de comunicación, al romper con el patrón histórico. Los estados que subvirtieron la tradición fueron Michigan, Wisconsin, y Pennsylvania. Si bien estos estados tenían tradición de votar por ambos partidos tanto a nivel estatal como federal a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, desde antes del fin de la Guerra Fría se habían comenzado a alinear con el bloque de estados que consistentemente daban su voto al candidato demócrata a nivel presidencial. Consecuentemente, su defección en el 2016 fue de lo más controvertido posterior a los comicios.

Esto llevó al surgimiento de todo tipo de preguntas alrededor de lo sucedido. ¿Cuál fue la causa del giro, aparentemente radical, de votar por Obama a Trump? ¿Quiénes son los votantes que se encargaron de producir este fenómeno? ¿Siquiera se debía a votantes Obama-Trump, o eran otras las razones por la cual estos estados cambiaron de orientación política?

Varias hipótesis comenzaron a difundirse por los medios de comunicación, a veces complementándose entre sí, en ocasiones contradiciéndose. Una narrativa que cogió fuerza fue que el resentimiento por parte de una fracción significativa de los blancos sin educación universitaria hacia las minorías raciales y los inmigrantes había llegado a crecer hasta tal punto que el discurso xenófobo de Trump logró atraer incluso a muchas personas quienes se habían considerado hasta ese entonces como demócratas acérrimos. Sin duda, la composición demográfica de los Estados Unidos había experimentado cambios importantes durante las primeras dos décadas del siglo XXI, y Trump no escatimó en pronunciarse en contra de grupos como los musulmanes (“I am calling for a complete and total and complete shutdown of muslims coming into the United States...”) y los inmigrantes mexicanos (“they’re bringing drugs, they’re bringing crime, they’re rapists...”).

Por otro lado, surgió un discurso que señalaba la importancia del corte populista de Trump, reflejado en sus posiciones ideológicas tocantes a temas como el comercio global y el rol de Estados Unidos dentro de la comunidad internacional. Efectivamente, Trump no solamente se alejó, sino además atacó pilares de la ortodoxia republicana, como el libre comercio y el intervencionismo bélico en el medio oriente. Frente a un establecimiento republicano ya fosilizado dentro de un molde supremamente neoliberal, Trump ante muchos votantes desilusionados se mostró como alternativa. Vale la pena señalar que durante uno de los debates entre los pre candidatos republicanos, Trump fue el único quien afirmó que de forma inequívoca protegería la Seguridad Social, mientras sus contrincantes afirmaban que ésta se había que “reformular” (popularmente entendiéndose esta posición como a favor de los recortes).

Las dos posturas anteriores no poseen una relación fija, sino se han tejido por los medios de comunicación masiva tanto como complementarias como contradictorias. Algunos comentaristas han afirmado que el discurso anti libre comercio no explica ni excusa el racismo de quienes votaron por Trump, mientras otros han destacado que muchas personas quienes se consideraban libres de prejuicios raciales, e incluso habían votado dos veces por un hombre negro a la presidencia, dieron su voto por Trump tan sólo un ciclo electoral después. Asimismo, se consideraba que Hillary Clinton, candidata quien a lo largo de su carrera política se había asociado a tendencias contrarias al tradicionalismo demócrata (votando a favor de la guerra en Iraq cuando fue senadora y celebrando los tratados de libre comercio), fue importante a la hora de empujar una cantidad no negligible de demócratas hacia el populismo de Trump. Por otro lado, también se presentaban voces que decían que la antipatía hacia Hillary se basaba principalmente en misoginia. Claramente, existía una multitud de explicaciones posibles dentro del discurso popular.

Lo que sí era constante, en cambio, era el consenso de que fueron los blancos sin educación universitaria quienes determinaron la victoria del ex presentador de *The Apprentice*. Más que cualquier otro grupo demográfico, fue este el objeto de escrutinio, juicio, y análisis por parte de los comentaristas de medios tales como los televisivos y los periodísticos. Siendo así, rondaba la pregunta, “¿Por qué se pasaron de una orilla política a la otra?”.

No obstante, las dos hipótesis anteriores, al compartir la premisa de que fueron votantes blancos sin educación universitaria quienes, al haberse migrado de un partido a otro, deja por fuera la posibilidad de que en algunas zonas del país este bloque electoral no haya sido el causante de que una geografía pase de favorecer a los demócratas a los republicanos. Efectivamente, en casos como el del condado Suffolk, se ha comentado bastante sobre otra especie de migración: la física. Varios medios de comunicación locales han en algún momento hecho referencia a la ida de jóvenes a otras latitudes, en búsqueda de climas más cálidos, costos de vida menores, y mercados laborales cada vez más lejanos.

Esto deja claro que la existencia de votantes Obama-Trump, sin querer reducir su importancia (sobre todo en regiones como el Cinturón de Óxido) no pueden ser el único explicativo de por qué las cartografías electorales estadounidenses hayan cambiado tanto en años recientes. Esto abre la posibilidad al acercamiento a una mirada más amplia hacia lo que sucede en la nación norteamericana, donde posiblemente coexistan múltiples factores que figuren en la realidad electoral contemporánea.

Hipótesis:

Teniendo en cuenta todo el énfasis que se ha puesto sobre el votante Obama-Trump dentro del discurso de los medios masivos de comunicación, se propone la siguiente hipótesis: los votantes Obama-Trump, al percibir una disminución en su calidad de vida, fueron lo suficientemente numerosos en el condado Suffolk para servir de posible explicación de por qué en este condado donde anteriormente había ganado Obama, surgió Trump como victorioso en el 2016.

Justificación:

El acercamiento al fenómeno de realineamiento que se ha venido presentando no proviene fortuitamente, sino de una urgencia por entender mejor al actual panorama de la política electoral en los Estados Unidos. Como se señaló al inicio de esta publicación, los realineamientos partidistas son una realidad que lleva ya más de siglo y medio configurando, disolviendo, y reconfigurando la estructura política del país norteamericano, jugando un rol superlativo en su rumbo histórico, y asimismo generando repercusiones por fuera de sus fronteras, destacándose América Latina como afectado directo. Efectivamente,

el dominio ejercido por parte de los sectores industriales durante la hegemonía republicana que se extendió desde mediados del siglo XIX hasta la década de los treinta coincidió con una época de expansionismo territorial que tuvo como consecuencia el establecimiento de la hegemonía económica estadounidense a lo largo del hemisferio occidental. La época asociada a las repúblicas bananeras y la fundación del Canal de Panamá es aquella misma “Edad Dorada” (*Gilded Age*) cuando el partido dominante operaba en proximidad íntima de los intereses de los entonces nacientes monopolios industriales estadounidenses.

Asimismo, la lógica desarrollista promovida por Estados Unidos en América Latina a mediados del siglo pasado, quizás más recordada por la creación de USAID, fue producto de un país en ese entonces guiado bajo los preceptos de la intervención estatal, propios de un New Deal que a su vez nació de un realineamiento que situó a los sectores laboristas en el seno del Partido Demócrata.

No obstante, las conclusiones que se podrían sacar de un análisis de la actual reestructuración política no se tienen que limitar a la dimensión política, sino potencialmente podrían aplicarse a estudios sobre demás facetas de la realidad estadounidense, como por ejemplo la cohesión social en medio de una globalización que ha significado fenómenos como la inmigración y el declive de la manufactura en regiones donde hasta hace algunos años había sido industria clave. Información como ésta, a su vez, posiblemente podría aportar a los estudios sobre los efectos de la globalización sobre la cohesión social en otros rincones del planeta.

Estado del Arte:

Las razones por las cuales las personas votan dentro de una democracia representativa han sido tema de interés de un sinnúmero de autores provenientes de distintas disciplinas académicas e investigativas desde por lo menos el siglo XIX. A lo largo de este desarrollo, se han señalado hipótesis tan variadas como los pensadores quienes las han propuesto. Notablemente, en *How voters decide: Information processing in election campaigns.*, Richard R. Lau y David P. Redlawsk describen varios modelos utilizados tradicionalmente para representar cómo los electores eligen por quién votar.

Entre éstos se encuentran el modelo racional, dentro del cual los votantes buscan maximizar su bienestar, votando de acuerdo con sus intereses y utilizando la información disponible para decidir cuál candidato ofrece propuestas más congruentes con dichos intereses (Lau, R. R., & Redlawsk, D. P., 2006). Por otro lado, están modelos alternativos tales como el modelo de toma de decisiones rápida y frugal, donde prevalece la economización del tiempo, siendo los votantes personas quienes, si bien buscan maximizar su bienestar, buscan hacerlo de forma que la recolección de información no supere al bienestar como costo en sí.

Ahora bien, las elecciones en la democracia representativa, cómo se ha indicado previamente, no suceden en un vacío, sino matizadas por múltiples dimensiones y elementos distintos. Siendo así, aparece el partido político, entonces, como elemento crucial para comprender las dinámicas subyacentes a las votaciones.

Respecto a los partidos, vale la pena señalar que su estudio es tan antiguo como la sociología misma en cuánto disciplina formalmente reconocida. En la publicación *Political Parties and the Sociological Imagination: Past, Present, and Future Directions*, Stephanie L. Mudge y Anthony S. Chen dan cuenta de que dos de los padres fundadores de la sociología, Karl Marx y Max Weber, ubicaban a los partidos políticos en el centro de la vida social como objeto de análisis (Chen, A.S.. & Mudge, S.L., 2014). Así, se produjeron dos corrientes paralelas de pensamiento weberiano y marxiano concernientes a dicha categoría, unidas por su conceptualización de los partidos como producto de la sociedad industrial y orientadas hacia la búsqueda y captura del poder estatal (Chen, A.S.. & Mudge, S.L., 2014).

En *The Tactics of Social Democracy*, Friedrich Engels plantea que el desarrollo de los partidos políticos obedece a los intereses materiales de las distintas clases. Haciendo uso del caso del levantamiento francés de 1848, Engels da ejemplo de cómo, al presentarse condiciones no aptas para la revolución violenta (situación replicada luego en el establecimiento de la Comuna de París en 1871), los partidos políticos se volverían el vehículo de movilización principal para el proletariado. Concretamente, Engels señala cómo el éxito del Partido Socialdemócrata (y en menor grado, del Partido Socialista) en Alemania logran un nuevo régimen de beneficios para los proletarios, sirviendo de ejemplo

para los demás países de cómo movilizar a las clases trabajadoras en función de sus intereses (Engels, F., 1978).

En contraste, Max Weber en su publicación *Class, Status, and Party*, señala que los partidos políticos no son simplemente los comunicadores y delegados de los intereses de clases, sino además representan los grupos de estatus. En oposición a las clases, que son conformadas a partir de la distribución de los bienes y servicios del mercado, el estatus es un atributo social cuyo origen se remonta a orígenes no económicos. Así, su moneda no es la moneda misma, sino el honor, generalmente asociado con un estilo de vida considerado como propio de un conjunto de personas ligadas por ésta (Weber, M., 2018). Los grupos de estatus, entonces, forman una especie de estratificación social enlazada con las situaciones de las clases distintas, pero no necesariamente sujeta a las reglas del mercado características de éstas.

De acuerdo con lo anterior, Weber define a los partidos como entidades en búsqueda de poder social, enfocadas en la influencia sobre la toma de decisiones comunales concernientes a la “societalización” (Weber, M., 2018). Siendo así, los partidos políticos pueden servir a intereses de clase como a intereses de estatus, o incluso intereses de una combinación de estos grupos o ninguno de éstos en específico. Esta observación sustenta una afirmación clara que hace Weber sobre los partidos: sus bases sociales pueden cambiar. Lo que sí es universal referente a los partidos, plantea el autor, es la necesidad de existir tanto un orden por lo menos algo racional al interior de la comunidad donde desean imponerse, como unas personas encargadas de imponer ese orden (Weber, M., 2018).

Con base en los desarrollos teóricos llevados a cabo por parte de Marx y Weber, nacen entonces escuelas marxianas y weberianas referentes al estudio de los partidos políticos.

Por su lado, pensadores marxistas orientaron sus estudios sobre los partidos en torno a su relación la sociedad en que se encuentran inmersos. Concretamente, se postulaba al partido político como canalizador de los intereses de clase, actuando sobre la sociedad al tiempo que recibía su respuesta (Chen, A.,S.. & Mudge, S.L., 2014). Sin embargo, la función de los partidos no se limitaría a esta función, sino además servirían como instituciones educativas. Un ejemplo claro de esto está en lo que Lenin plantea como los “partidos de vanguardia”. (Chen, A.,S.. & Mudge, S.L., 2014).

Respecto a las corrientes neo weberianas, se puede destacar al sociólogo alemán Robert Michels, quien, en *Political parties: A sociological study of the oligarchical tendencies of modern democracy* plantea que los partidos políticos dentro de la democracia representativa tienden hacia la concentración de poderes. Es decir, la democracia tiende a revertir a formas no democráticas de organización política, siendo los partidos figuras claves en este proceso (Michels, R., 1915).

Ahora bien, si los partidos políticos fueron objeto de análisis vigoroso por parte de numerosos académicos durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, debe anotarse que se presentó lo que los autores Mudge y Chen describen como una decaída de este subcampo, coincidiendo con la decaída de los partidos mismos (Chen, A.,S.. & Mudge, S.L., 2014). Efectivamente, los autores estiman que “*The turn away from the sociology of parties was accompanied by an apparent decline of parties themselves.*” (Chen, A.,S.. & Mudge, S.L., 2014, p.312). Aquí los autores señalan algo que podría ser de interés particular para el presente trabajo de investigación, dando cuenta de que en la segunda mitad del siglo XX, se popularizó la figura del partido “big-tent”, reflejando una desconexión creciente entre los partidos y las clases sociales (Chen, A.,S.. & Mudge, S.L., 2014).

No obstante, a inicios del siglo XXI se presencia un nuevo auge de la sociología de los partidos políticos, apareciendo la llamada *escuela UCLA*. Esta escuela, encabezada por John R. Zaller, ha abierto un capítulo nuevo al posicionar que los partidos responden, principalmente, a grupos de personas quienes figuran como *demandantes de políticas* (“policy demanders”). Basándose en estudios históricos sobre las bases sociales del Partido Republicano y Partido Demócrata, se sustenta que el posicionamiento ideológico de los partidos no responde principalmente a los intereses individuales de líderes, sino a los sentimientos de sus grupos de apoyo (Chen, A.,S.. & Mudge, S.L., 2014).

Ahora bien, ya expuestas las líneas teóricas referentes a los partidos políticos como objeto de estudio, sobre todo en cuánto a su relación las sociedades dentro de las cuales se encuentran inmersas, se puede acercar más de cerca a los estudios desarrollados sobre el tema específico de este trabajo de investigación. Afortunadamente, no existe un déficit de

éstos, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad gruesa de literatura publicada al respecto desde el desenlace de las elecciones presidenciales de 2016.

Un texto que estudia por qué ganó Donald Trump la elección del 2016 es *Five decisive States: Examining how and why Donald Trump won the 2016 election*, publicado en la revista *The Sociological Quarterly*, donde el autor de este, John E. Farley, plantea que la victoria inesperada del candidato republicano se puede entender como una consecuencia de patrones preexistentes en ciertos estados del medio oeste del país, en que se había demostrado un realineamiento de los votantes en contra del Partido Demócrata.

Más específicamente, Farley señala a Iowa, Wisconsin, Michigan, Ohio, y Pennsylvania como cinco estados que votaron por Barack Obama tanto en el 2008 como en el 2012, pero que luego optarían por Trump en el 2016 (si bien la Florida también se destaca como estado que hizo esto, sus márgenes de victoria fueron siempre pequeñas, no superando un cambio del 3.4% entre los ciclos electorales del 2016 y 2020). Su giro hacia la derecha fue significativamente más acentuado que el resto del país en el 2016, incluso yendo en contravía de algunos estados donde Hillary Clinton tuvo un mejor desempeño que Obama en el 2012. Este giro fue mínimo de un 10% entre el 2008 y el 2016, dependiendo del estado, más de doble el giro a nivel nacional de 4.9% a favor del Partido Republicano. Además, el giro medio entre estos cinco estados fue de un 14.4%, tres veces superior al giro nacional (Farley, J.E., 2019). Evidentemente, señala Farley, se presentaba un fenómeno regional, no nacional, como causante de la derrota de Clinton en el 2016.

El giro fue, además, no sólo de carácter regional sino además racial. Farley apunta a que, en el 2008, en tres de los cinco estados en cuestión (Iowa, Wisconsin, y Michigan), Obama ganó el voto mayoritario de la población blanca. En el 2012, esto volvió a ocurrir en Iowa y en Wisconsin las márgenes de fueron bastante pequeñas. El autor incluso acude al caso del condado de Mason, en Michigan, donde su población, en su gran mayoría blanca, votó por Obama en el 2008, siendo ésta apenas la tercera ocasión en la que el voto de este condado favoreció al candidato demócrata entre 1940 y 2016 (Farley, J.E., 2019).

La raza, además, afirma el autor, fue corolario de la clase dentro del giro entre votar por Obama en el 2008 y 2012 y votar por Trump en el 2016. En el 2008, blancos con ingresos equivalentes o inferiores a los 50000 dólares anuales favorecieron al demócrata en Ohio,

Michigan, y Wisconsin. Por otro lado, blancos sin educación universitaria lo favorecieron en Iowa, Michigan, y Wisconsin, según encuestas desarrolladas por CNN afuera de las urnas (Farley, J.E., 2019). Es decir, los blancos de clase trabajadora, considerada en el 2016 (y luego en el 2020) como la base electoral de Trump, también fueron críticos para Obama previamente, por lo menos los estados examinados. Esto plantea la interrogante ¿cómo pasaron estos votantes de favorecer a uno al otro?

Frente al planteamiento de que el racismo haya sido el motivo principal del apoyo a Trump, Farley acude a numerosos estudios que apoyan la hipótesis de que existía una relación positiva entre actitudes racistas y el apoyo a Trump en las elecciones presidenciales de 2016. Por ejemplo, en el estudio de Miller, se halla que, después de la afiliación partidista, los niveles de racismo cognitivo detectados en los votantes constituían el segundo indicador más importante de por cuál candidato se haya dado el voto (Farley, J.E., 2019).

No obstante, Farley procede a contextualizar lo anterior. Si bien el racismo haya sido un factor crítico en el apoyo a Trump, sigue latente una incógnita sobre cómo dentro de sus filas, y en particular en estados del medio oeste, haya sido posible que existiesen tantos votantes quienes habían votado por Obama en ciclos electorales anteriores, algo aparentemente contradictorio.

Si bien Farley admite que es posible que algunos de estos votantes hayan albergado por lo menos algunos sentimientos racistas, sostiene que incluso así resulta algo descabellado pensar que personas quienes hayan votado dos veces por un afroamericano a la presidencia fuesen personas particularmente prejuiciosas y que el racismo haya sido en su caso particular su motivante principal a la hora de ir a las urnas (Farley, J.E., 2019).

Puntualmente, afirma “*So while racism works well as an explanation for the votes of many hard-core Trump supporters (who likely also voted against Obama in the previous two elections), it does not work as well as an explanation for the critical shift in the vote in Iowa, Wisconsin, Michigan, Ohio, and Pennsylvania between 2008/2012 and 2016.*” (Farley, J.E., 2019, p.343).

Frente a esto, el autor busca, entonces, explicaciones alternativas de por qué estos votantes Obama-Trump se hayan conducido electoralmente como lo hicieron. Para esto, Farley parte

desde el planteamiento de dos características que comparten los estados examinados frente al resto del país: 1) un crecimiento poblacional más lento que la media nacional, y 2) una participación porcentualmente más elevada de la manufactura en sus economías (Farley, J.E., 2019).

Partiendo de estas dos premisas, el autor entonces procede a tomar el trabajo de investigación desarrollado por Mutz, en donde por medio de encuestas él logra determinar que aproximadamente la mitad de los estadounidenses ven al comercio libre con otros países como una amenaza. A su vez, halla que, si bien hubo una percepción de que los dos candidatos presidenciales en el 2012 sostenían posiciones similares respecto al libre comercio, esto cambió radicalmente en el 2016, cuando Trump fue identificado como mucho más escéptico que Clinton. Además, identificó que este cambio de percepción podría llevar a quienes habían votado por el candidato demócrata previamente a disentir.

Ahora bien, teniendo en cuenta el crecimiento poblacional lento de los estados analizados, Farley apunta que dicho crecimiento va de la mano un crecimiento desproporcionalmente alto, dentro de esta región, de la población hispana. Es decir, si bien a inicios de la década pasada la población hispana dentro de estos estados era limitada (significativamente más que en otras regiones y estados del país), el auge repentino pudo haber generado una especie de respuesta xenófoba, haciendo que votantes de Obama se hayan inclinado a votar luego por Trump (Farley, J.E., 2019). Esta hipótesis, plantea Farley, no sigue la rigidez del paradigma que afirma que el racismo haya sido el factor exclusivo o principal del giro electoral en el medio oeste, pero sí reconoce un posible componente originario de ello.

Por último, Farley da cuenta de que estos estados, en comparación con el resto del país, también posee un nivel desproporcionalmente alto de blancos sin educación universitaria en comparación con el resto del país. Esta población constituyó la base general de quienes demostraron un cambio de partido a la hora de votar a nivel nacional, siendo su concentración en estos estados un factor explicativo de la agudez del giro en esta región.

Respecto a esta población, Stephen L. Morgan y Jiwon Lee plantean en *Trump Voters and the White Working Class* que efectivamente varios votantes blancos de clase trabajadora votaron por Trump en el 2016 después de haber votado por Obama en el 2012. Si bien esto también lo indica Farley, Morgan y Lee además señalan que una cantidad substancial de

votantes originarios de este grupo demográfico fueron no votantes en el 2012, a pesar de ya haber superado la mayoría de edad para ese ciclo electoral (Morgan, S. L., & Lee, J., 2018).

Metodológicamente, los autores acudieron a la encuesta *American National Election Studies (ANES) 2016 Time Series Study*. La razón por elegir esta encuesta la atribuyen Morgan y Lee al hecho de que ésta, aparte de indagar por la elección de voto en el 2012 y el 2016, también le solicitó a los encuestados su ocupación (Morgan, S. L., & Lee, J., 2018). Con esta última información fue que los autores pudieron determinar, grosso modo, si un encuestado dado podría considerarse como miembro de la clase trabajadora o no. Esto, sumado a muestras extraídas de los *American Community Surveys* y cifras reales de votos sacados del *Atlas of U.S. Presidential Elections*, de Dave Leip, constituyen las fuentes de Morgan y Lee para su análisis posterior.

Con base en dichas fuentes es que los autores llegan a concluir, similar a Farley, que, si bien la gran mayoría de los votos dados se alinearon con los registros partidarios de los votantes, los votantes Obama-Trump fueron cruciales para la victoria del candidato republicano (en adición a los no votantes del 2012). Efectivamente, Morgan y Lee determinan que el 27.2% de los votantes quienes fueron a las urnas en el 2012 y el 2016 pertenecientes al conjunto de blancos de clase trabajadora constituyeron el bloque de votantes Obama-Trump (Morgan, S.L., y Lee, J., 2018). Por otro lado, el 58.5 de los blancos de clase trabajadora quienes no votaron en el 2012 pero sí en el 2016 dieron su voto por Trump (Morgan, S.L., y Lee, J., 2018). Teniendo esto en cuenta, un total aproximado de 28% del total de los votantes de Trump en el 2016. Es decir, más de uno en cuatro de quienes votaron por Trump en ese ciclo electoral habían votado por Obama en el 2012 o se habían abstenido a votar. Además, estos dos subgrupos fueron compuestos desproporcionalmente por blancos, y en el caso de los votantes Obama-Trump, por blancos de clase trabajadora (Morgan, S.L., y Lee, J., 2018).

Lo anterior, además, es apoyado por un análisis de área que desarrollan Morgan y Lee de 1.142 unidades geográficas con mínimo 100.000 habitantes, del cual derivan la conclusión de que la suma de votos por Trump en el 2016 frente a los obtenidos por Mitt Romney en el 2012 (candidato republicano en ese ciclo electoral) fue asociado positivamente con

unidades cuya población era altamente blanca y perteneciente a la clase trabajadora (Morgan, S.L., y Lee, J., 2018).

Ahora bien, lo anterior es problematizado por los autores al señalar ellos que, debido a la escasez de información precisa, no pueden determinar los pesos relativos de los votantes Obama-Trump y no votantes-votantes, negándoles la oportunidad de poder dar conclusiones particularmente precisas sobre el realineamiento político de los blancos de clase trabajadora. Además, destacan, de nuevo similar a Farley, que los votantes de Trump en promedio no eran provenientes de la clase trabajadora, afirmándose que, si bien este grupo parece haberle dado la victoria, no describe substancialmente al grueso de su base electoral (Morgan, S.L., y Lee, J., 2018).

Ahora bien, volviendo a las causas por las cuales los votantes blancos de clase trabajadora habrían dado una tasa desproporcionalmente alta de sus votos a Trump en el 2016, en *Appealing to the Rust Belt and Appalachian Voter—Trump and the Rhetoric of Nostalgia and Race*, William Van Winkle plantea que el deseo de volver a un pasado semi mítico, en el cual las regiones del Cinturón de Óxido y la cordillera de los Apalaches figuraban en el centro de la vida económica, social, y política nacional, se tradujo en el 2016 en un apoyo a la retórica populista y xenófoba de Trump.

Más concretamente, Van Winkle señala que la cordillera de los Apalaches ha sido construida en el imaginario colectivo nacional de manera histórica como otro, relegado al anacronismo en un mundo cada vez más modernizado. El Cinturón de Óxido, por otro lado, si bien hasta hace relativamente reciente era considerado como una región próspera debido a su tradición manufacturera, ha demostrado una decaída similar al de los Apalaches, haciéndola susceptible al mismo tipo de retórica. Retórica que, a la vez que juzga como negativa la inmigración, también rechaza la globalización económica y favorece el proteccionismo.

Respecto al caso de los Apalaches, Van Winkle plantea que el punto del programa político de Trump que constituyó su eje en esta región fue la promesa de revigorizar la industria de la minería de carbón, tildando a sus oponentes demócratas de favorecer regulaciones ambientales por encima del bienestar de comunidades que tradicionalmente se han sostenido de dicha industria. Cabe resaltar, por cierto, que Van Winkle señala que el gran

causante real de la decaída de la extracción de carbón se debe a la globalización económica y no a regulaciones particularmente severas (Van Winkle, W.W., 2020).

Esta instrumentalización de la nostalgia también la supo utilizar Trump en el Cinturón de Óxido, prometiendo un nuevo auge de la manufactura local. Al hacer esto, el candidato republicano subvirtió la narrativa que históricamente había predominado la cual postulaba al Partido Demócrata como amigo de la clase obrera (Van Winkle, W.W., 2020). No obstante, Van Winkle señala que se habían ido gestando las condiciones propicias para este realineamiento, tomando como referencia a Pacewicz, quien afirmaba que muchos de quienes votaron por Obama en el 2008 habían expresado en alguna medida sentimientos racistas hacia él, pero que la imagen que había creado de luchador por la clase obrera superó en ese momento a esos prejuicios (Van Winkle, W.W., 2020).

En el 2012, a pesar de cierto desencanto ante un presidente quien no cumplía con sus expectativas, Obama logró pintar exitosamente a Mitt Romney como un miembro de la élite totalmente desentendido de los intereses de la clase trabajadora, logrando asegurar su reelección a través de esta región (Van Winkle, W.W., 2020). No obstante, posteriormente en el 2016 Trump con su retórica parcialmente anti-élite y que apelaba a la redención de una especie de *hombre olvidado* pudo conseguir una cantidad de votos incluso en subregiones donde no se había solido votar por el candidato conservador en elecciones presidenciales (Van Winkle, W.W., 2020).

Para entender lo que sucedió en el Cinturón de Óxido, el autor emplea al caso de los Apalaches como precedente histórico. En esta región desde mediados del siglo XX hasta el siglo XXI habían predominado los candidatos del Partido Demócrata. Aquí, ya para el 2008, el apoyo a Obama no fue lo suficiente para saliera victorioso en esta parte del país, ejemplificado en su derrota contundente contra el republicano John McCain. Es decir, aquí ya existía un realineamiento por lo menos algo similar a lo que se produjo en el 2008. Obama, según el autor, no logró el éxito que sí consiguió en el Cinturón de Óxido, al no obtener una audiencia particularmente receptiva a su discurso populista. Esto, añade, contrasta con la movilización que sí consiguió Trump en esta región en el 2016. La razón, plantea el autor, se hallaba en que su discurso populista, en oposición al de Obama, contaba con una llamada a la nostalgia que incorporaba lo que comúnmente se ha denominado

como “incorrección política” (sin embargo, tampoco se puede descartar la defensa obstinada que hacía Trump de la industria del carbón).

Esta incorrección política, sostiene Van Winkle, se hallaba en la manera coloquial y a menudo vulgar en que se expresaba Trump a lo largo de su campaña presidencial. Por medio de su empleo, Trump lograba generar lazos con las comunidades basados en la nostalgia (Van Winkle, W.W., 2020).

Partiendo de lo ya expuesto, Van Winkle procede a ilustrar lo que podría denominarse como una extensión de la llamada *Estrategia del Sur* en el Cinturón de Óxido. Dicha estrategia, plantea el autor, fue aplicada por primera vez por Nixon hace aproximadamente medio siglo y luego consolidado por Reagan, y consistió en ganar votos en el sur del país, históricamente alineado con el Partido Demócrata desde la Guerra Civil en el siglo XIX, a través de la apelación a los sentimientos racistas. Esta apelación, no obstante, no era de carácter explícito, sino dependía del uso de proxis, ejemplificado en la figura de la *welfare queen* (reina del subsidio), popularizado por Reagan en los ochenta, y la cual describía a una caricatura de las mujeres negras quienes recibían ayudas estatales.

En el caso de Trump, Van Winkle apunta a que Trump para la elección del 2016 aplicó una retórica similar que patologizaba a los centros urbanos, tildándolos de sucios y violentos, en una región donde históricamente ha prevalecido una segregación racial marcada en la vivienda. Así, Trump logró articular los sentimientos de rechazo hacia las minorías con la ansiedad económica de los habitantes de una región que actualmente se encuentra en declive, por medio del lenguaje de la nostalgia.

El tema de ansiedad económica, como se ha podido evidenciar, es un elemento común a una porción substancial de la literatura publicada respecto a la victoria de Trump en el 2016. Un texto que trata esto a profundidad es *The revolt of the Rust Belt: place and politics in the age of anger*, escrito por Michael McQuarrie y publicado en *The British Journal of Sociology* en el 2017.

En este texto, McQuarrie señala que la ansiedad económica, más que el factor exclusivo por el cual se presentó el giro de los estados del medio oeste hacia Trump, fue un componente de un proceso que se había venido generando ya desde hace décadas.

Concretamente, el autor señala que, si bien la desindustrialización había tomado lugar ya hace varias décadas, las instituciones que ligaban a los habitantes de esta región con el Partido Demócrata siguieron ejerciendo fuerza, pero de manera gradual se fueron desarticulando, permitiendo que en los 2016 suficientes votantes optaran por una alternativa al ir a las urnas.

Entre éstas se hallaban las asociaciones cívicas, los sindicatos, y divisiones locales del Partido Demócrata, que, con el paso del tiempo, se fueron debilitando paralelo al alejamiento del Partido de los intereses de los votantes del medio oeste, ejemplificado en la proliferación de los recortes al Estado de bienestar y la firma de tratados de comercio libre con otros países, como es el caso del Tratado de Libre Comercio de América del Norte o TLCAN.

Marco Teórico:

La presente investigación, al involucrar una multitud de fenómenos políticos, económicos, y sociales distintos pero interrelacionados, fácilmente podría perder vista de lo que pretende analizar (en este caso, la causa del realineamiento partidista que se ha venido dando en Iowa entre los últimos cuatro ciclos presidenciales), razón por la cual se deben concretar los conceptos más relevantes para su estudio. Éstos a su vez, deben de servir de guía para el análisis de los temas abordados de manera apropiada. Por esto, se determinan como categorías fundamentales para el presente estudio las siguientes:

Partido Político:

El término “partido político” ha sufrido durante la historia de su uso bastante ambigüedad. Esto lo señala John Kenneth White en el texto *What is a Political Party?*, al describir los numerosos criterios que han utilizado los académicos a la hora de proponer definiciones. Efectivamente, White plantea que esta tarea no es de carácter objetivo, sino normativo (Katz y Crotty, 2005). Sin embargo, los partidos, afirma White, constituyen un fenómeno vital para la democracia, al ser mediadores entre la sociedad civil y el Estado. El consenso que sí existe en cuanto a los partidos, afirma el autor, es aquel que dice que éstos son de alguna manera inevitable.

Bien sea a través del modelo racional-eficiente, el cual concibe a los partidos como entidades cuyo objetivo primario es ganar elecciones y perpetuarse por medio del llamado a los votantes (quienes a su vez actúan acorde a sus propios intereses), o por medio del modelo de partidos responsables, el cual plantea que los partidos le ofrecen al electorado distintas alternativas programáticas fácilmente identificables, los partidos, según el consenso académico descrito por White, son instituciones que median entre el Estado y los ciudadanos (Katz y Crotty, 2005).

A su vez, estas instituciones reflejan a la sociedad, al representar los distintos grupos de opinión que coexisten. Así es como lo plantea el politólogo Giovanni Sartori en *Partidos y Sistema de Partidos*, al afirmar que “...un sistema de partidos es un sistema pluralista de <<partes>> que <<expresan>> vigorosamente las opiniones de los gobernados...” (Sartori, 1999, p.58). Es decir, los partidos, según el autor, solamente cobran relevancia conceptual al conformar un conjunto donde el pluralismo no significa el derrocamiento del orden político (Sartori, 1999).

Los partidos, a su vez, cumplen con una función expresiva, que, a diferencia de una encuesta o cualquier otra herramienta que mida la opinión pública, pueden ejercer presión para hacer valer las preferencias de los gobernados. Es decir, canalizan y hacen legibles las demandas de la sociedad civil (Sartori, 1999).

Calidad de Vida:

La noción de calidad de vida nace en la década de los treinta del siglo pasado, al configurarse el Estado de bienestar moderno como modelo estatal hegemónico. Ante la inestabilidad creada por la Gran Depresión, el Estado de bienestar busca medir y promover, como su nombre lo indica, el bienestar de sus habitantes, razón por la cual la idea de calidad de vida se propaga como forma de evaluar este objeto (Zapata, C.S. y Duque, M.O.G., 2013).

El concepto de calidad de vida pasa a ser debatido desde su concepción hasta la actualidad, incorporando discursos que proponen opiniones a veces contradictorias. Esto es bastante evidente en la oposición que surgió en la segunda mitad del siglo XX a ideas ortodoxas sobre el desarrollo basado en el consumo de bienes materiales. Como lo señalan las autoras

Carolina Salas Zapata y María O. Garzón Duque en su publicación *La noción de calidad de vida y su medición*, “El desarrollo y perfeccionamiento de los indicadores sociales, a mediados de los 70’s y comienzos de los 80’s, provocará el proceso de diferenciación entre éstos y la calidad de vida.” (Zapata, C.S. y Duque, M.O.G., 2013, p.38). Así, nace la calidad de vida en su sentido contemporáneo, concepto que abarca indicadores tanto objetivos como subjetivos (Zapata, C.S. y Duque, M.O.G., 2013). Esto a su vez se vuelve fundamental para los estudios posteriores sobre la calidad de vida, al incorporar dimensiones psicológicas.

Lo anterior subraya el carácter multidimensional de la calidad de vida, lo cual metodológicamente ha implicado la prevalencia de estudios tanto de tipo cuantitativo como de tipo cualitativo, cuando no mixtos. Volviendo al texto *La noción de calidad de vida y su medición*, este carácter multidimensional se ejemplifica en el modelo conocido como la pirámide de necesidades de Maslow, modelo que incluye múltiples capas referentes al bienestar subjetivo de los individuos. Las necesidades, señalan las autoras, son acumulativas, sumándose a aquellas que ya han sido satisfechas, hasta idealmente satisfacerse todas. Esto, anotan Salas Zapata y Garzón Duque, deja claro que la calidad de vida trasciende al concepto de pobreza, al no basarse sólo en los imperativos materiales de los seres humanos (Zapata, C.S. y Duque, M.O.G., 2013).

Teniendo en cuenta a la calidad de vida como conjunto de indicadores objetivos y subjetivos, es entonces evidente que ésta depende, en gran medida, de la percepción que las personas tienen de su entorno y de sus circunstancias personales. Esto es clave, dado que el conocimiento que las personas construyen en materia del mundo en que viven viene matizada, sin duda alguna, de las expectativas que tienen los individuos sobre las normativas sociales y el funcionamiento de la sociedad en que éstos se ven inmersos.

En *The Quality of Life Concept in Sociology*, el autor Abbott L. Ferriss explica cómo la categoría denominada como *calidad social*, empleada substancialmente en los léxicos de la sociología europea, puede ilustrar la naturaleza sociológica del término “calidad de vida”. Concretamente, Ferriss cita al autor Ramkrishna Mukherjee, quien en su publicación *Quality of Life: Valuation in Social Research*, determina por medio del sondeo basado en preguntas abiertas, que la calidad de vida se percibe tanto en términos de expectativas como

de valores (Mukherjee R. en Ferriss, A., 2004). Esto, aparte de reforzar la importancia de la subjetividad en la calidad de vida, da cuenta de que esta categoría descansa sobre las preferencias que poseen las personas frente al entorno que habitan. La calidad de vida es entonces un concepto multidimensional que indica que la percepción que tienen las personas sobre su posicionamiento en la sociedad, orientado por los valores que poseen.

La sociedad, a su vez, implica un proceso de integración de sus miembros, dentro del cual se forja, en mayor o menor medida, un consenso frente a qué valores son considerados como deseables (Parsons, T., 1977). En *El sistema de las sociedades modernas*, Talcott Parsons detalla que la sociedad, entendible como conjunto de cuatro subsistemas, se sostiene en parte por los valores. Uno de los subsistemas que cimienta a la sociedad, señala Parsons, consiste de los componentes estructurales que ésta tenga. Entre estos componentes, los valores fungen el rol de “...regular eficientemente las acciones sociales sin depender de prohibiciones particulares...” (Parsons, T., 1977, p.5). Entonces, los valores son claves en determinar la calidad de vida al depender ésta de lo que los miembros de la sociedad consideran como importante.

Privación Relativa:

Al tratar este trabajo sobre el cambio en la percepción de la calidad de vida entre los votantes, debe traerse a colación un concepto que permite aproximarse al discurso existente sobre el votante Obama-Trump cuyo actuar político proviene de su desencanto con el sistema político. Este concepto es el de la privación relativa. En *STATUS CONSISTENCY, RELATIVE DEPRIVATION, AND ATTITUDES TO IMMIGRANTS*, los autores W.G. Runciman y C.R. Bagley plantean que, en oposición a la tradición académica que había propuesto la congruencia entre los distintos grupos de estatus dentro de una sociedad, existen discrepancias entre lo que las personas consideran como sus derechos como miembro de un grupo de estatus y su realidad, sobre todo en referencia a los demás grupos de estatus (Runciman, W.G., y Bagley, C.R., 1969).

Estas discrepancias, señalan los autores, pueden ser causa de frustración dependiendo de si la normatividad cultural las concibe como injustas. A su vez, esta frustración puede ser canalizada de maneras diversas, catalizando el surgimiento de fenómenos como la xenofobia. Efectivamente, el grueso de *STATUS CONSISTENCY, RELATIVE*

DEPRIVATION, AND ATTITUDES TO IMMIGRANTS trata sobre si la privación relativa podría considerarse como precedente del rechazo a los extranjeros en el Reino Unido durante la segunda mitad del siglo XX.

Ahora bien, los autores se muestran escépticos ante la idea de que la privación relativa de por sí misma haga más probable el surgimiento de actitudes xenófobas, sino más bien plantean que los valores sociales hacen más factible su correlación. Efectivamente, los resultados de su trabajo investigativo, si bien son admitidos como limitados, apoyan esta idea (Runciman, W.G., y Bagley, C.R., 1969).

Siendo así, para hablar de privación relativa en función de conducta humana resulta clave hablar del entorno dentro del cual se engendra. Es decir, el mundo cultural, habitado por numerosos valores, en el cual viven las personas es de suma importancia para entender cómo las personas podrían reaccionar ante la percepción de que su calidad de vida empeore.

Para acercarse a esto, es de gran ayuda volver al dominio del interaccionismo simbólico. En su libro *Symbolic Interactionism: Perspective and Method*, el sociólogo Herbert Blumer sostiene que la interacción humana, más allá de un simple hecho donde se expresan los fenómenos sociales, es además un factor que modifica y genera la conducta humana. Efectivamente, en este libro Blumer afirma que “...*social interaction is a process that forms human conduct instead of being merely a means or a setting for the expression or release of human conduct.*” (Blumer, H., 1986, p.8). La conducta humana, entonces, depende de la conducta humana ajena, siendo los individuos actores sociales quienes actúan en concordancia con el mundo simbólico que los rodea.

Lo anterior significa que las personas pueden ser movilizadas por actos que los hacen evaluar en términos de valores su propia existencia. La privación relativa, entonces puede ser instrumentalizada para crear movimientos políticos. En relación con los votantes Obama-Trump que ocupan un papel central en este trabajo, se pueden citar numerosos ejemplos de actos que han movilizado la reacción populista, nutrida por la frustración relacionada con la deprivación relativa. En particular, se pueden destacar los eventos de campaña del entonces candidato Trump, donde se apelaba frecuentemente a un “hombre

olvidado”, victimizado por un establecimiento político totalmente desalineado con sus intereses.

La privación relativa, al siempre existir dentro de un entorno social, entonces podría considerarse como relevante para el presente estudio no necesariamente porque implique un cambio inmediato en la conducta de los votantes, sino porque podría considerarse como algo que ha sido utilizado por parte de actores políticos para influir sobre la conducta electoral.

Metodología:

El trabajo presente emplea una metodología cuantitativa, dado que su tema de estudio busca medir con relativa precisión la magnitud de algunos fenómenos sociales.

Concretamente, estos fenómenos son la confianza en múltiples instituciones y figuras políticas del país, las opiniones sobre temas como la inmigración y los tratados de libre comercio, la auto percepción de la calidad de vida, y las estadísticas mismas brindadas por los resultados en las urnas. No en vano, este estudio busca plasmarse como adición a una literatura ya abundante que recoge y analiza los resultados de los últimos ciclos electorales a luz de indicadores sociales y demográficos específicos.

Siendo así, la herramienta que se utiliza en este trabajo es el sondeo, empleado con el fin de obtener las opiniones de cincuenta adultos quienes hayan participado en las elecciones presidenciales del 2012 y del 2016. Teniendo en cuenta que lo que se busca por medio de las preguntas no es exclusivamente de carácter binario, algunas emplean la escala de Likert, para poder medir la intensidad de las opiniones. Así, se busca recoger de primera mano qué subyace al pensamiento de quiénes hayan contribuido de forma crítica a la victoria del abanderado del populismo de carácter nacionalista, creando un antes y después dentro de la historia política estadounidense.

A la luz de estos resultados se hará un análisis que emplee las categorías descritas en el marco teórico, con el fin de traducir los números en explicaciones de la realidad social que matiza el trabajo investigativo. Es decir, se llevará a la palabra escrita un reflejo de las causas del realineamiento político contemporáneo en el condado Suffolk.

Instrumento:

Teniendo en cuenta la metodología planteada anteriormente, el instrumento hace uso de fuentes primarias para la recopilación de datos, para luego comparar éstos con la información obtenida a través de fuentes secundarias. Concretamente, se emplean sondeos para poder aproximarse al pensamiento de numerosos votantes, incluyendo los llamados Obama-Trump, para luego analizar lo conseguido con los resultados de otros estudios enfocados en el tema de los patrones de votación. Asimismo, se estudia la información obtenida a la luz de los antecedentes teóricos ya descritos previamente en este trabajo.

Sondeo Utilizado:

El sondeo utilizado consta de 12 preguntas. Algunas, al buscar medir la severidad de las opiniones, aparte del acuerdo y desacuerdo con las premisas de las preguntas, se estructuraron dentro del modelo que se conoce como la Escala de Likkert.

En cuanto al contenido de las preguntas, parte del principio que afirma que el pensamiento de los individuos no obedece a una racionalidad singular, reconociendo que ningún tipo ideal puede describir adecuadamente a un grupo social. Concretamente, las preguntas, las cuales se dividen en cuatro categorías, indagan sobre las opiniones de los votantes frente a diversos temas como la inmigración, los tratados de libre comercio, los partidos Demócrata y Republicano, la economía, y las llamadas “guerras culturales”. A su vez, algunas preguntas indagan sobre la percepción que se tiene sobre la calidad de vida y su cambio a lo largo de los últimos años. Por último, el cuarto grupo de preguntas relaciona los dos anteriores, al preguntar sobre cómo los temas discutidos inicialmente han influido sobre la calidad de vida.

Ahora bien, las preguntas son las siguientes:

- 1) ¿Usted votó en las elecciones presidenciales del 2012 y 2016?
- 2) De ser así, ¿usted vivía en el condado Suffolk durante el desarrollo de ambas elecciones?
- 3) ¿Por quién votó en el 2012?
- 4) ¿Por quién votó en el 2016?
- 5) ¿Considera que su calidad de vida mejoró, empeoró, o se mantuvo estable entre los años 2008 y 2016?

- 6) De haber empeorado, ¿considera eso motivo por el cual votó por Trump? (pregunta sólo para quienes afirman haber votado por Obama en el 2012 y Trump en el 2016)

Para las preguntas 6-11, conteste qué tan de acuerdo o qué tan de desacuerdo está con las siguientes frases:

- 7) El Partido Demócrata vela por mis intereses.
8) El Partido Republicano vela por mis intereses.
9) El Partido Demócrata se ha vuelto demasiado extremo.
10) El Partido Republicano se ha vuelto demasiado extremo.
11) Desde el año 2000 para acá, la economía funciona para personas como usted.
12) La inmigración ilegal le ha causado mucho daño al país.

Procedimiento:

La primera fase del trabajo de grado presente consistió en la recopilación de literatura pre existente que se haya considerado como relevante. Las fuentes, de carácter secundario, incluían estudios ya existentes sobre los patrones de votación en los Estados Unidos, literatura de naturaleza académica que se aproxima a los conceptos manejados, e historia regional de zonas geográficas del país que han sufrido realineamientos políticos en años recientes, entre otras.

Posteriormente, se aplicó la serie de preguntas que componen al sondeo a 50 adultos quienes hayan votado en las elecciones presidenciales del 2012 y 2016. Los lugares donde se aplicó fueron tres. Específicamente, fueron los siguientes: la sede principal de la cooperativa financiera Teachers Federal Credit Union, una sucursal de almacenes Burlington, y la tabaquería Cigar Cigars. Además, también se difundieron las preguntas en múltiples grupos de Facebook, todas de carácter local al estar asociadas explícitamente con el condado Suffolk, de naturaleza sumamente diversa. Entre éstos se hallaban grupos de graduados de escuelas públicas locales, grupos políticos locales, asociaciones cívicas, organizaciones culturales, grupos de eventos locales, y grupos de hobbies.

Luego, se comparó lo obtenido en el conjunto de los sondeos con los resultados de las elecciones presidenciales de los años 2012 y 2016. Concretamente, se buscó determinar si la incidencia de los votantes Obama-Trump dentro del grupo de muestreo podría

extrapolarse al condado entero como posible explicación de que este pasara de ser azul a rojo en el periodo 2012-2016.

Finalmente, se analizaron los resultados del sondeo de opinión a la luz de las categorías descritas en el marco teórico, con el fin de determinar si la primera parte de la hipótesis se ve apoyada o refutada por lo conseguido en el trabajo de campo, es decir, si el votante Obama-Trump posiblemente haya constituido un grupo lo suficientemente grande para poder servir de posible explicación de por qué el condado Suffolk pasó de darle la victoria a Obama a dársela a Trump. Luego, se busca, a partir de las respuestas obtenidas por parte de los sondeados, determinar si los votantes Obama-Trump perciben un deterioro en su calidad de vida desde años atrás, sobre todo en comparación los demás votantes. Además, se desarrolla una mirada que no sólo se limita a la constatación de la hipótesis en sí, sino que además pretende ofrecer algunas posibles conclusiones que podrían ser de interés para futuros estudios.

Capítulo 1: El Partido, Ante Todo

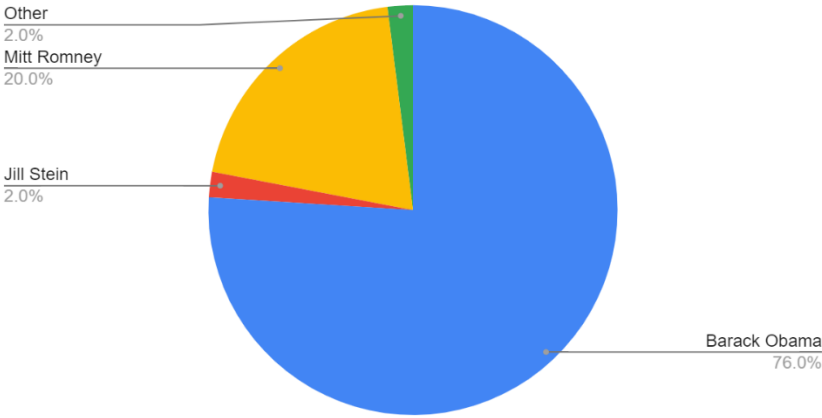
Al conseguir las respuestas de 50 adultos quienes hayan votado por presidente en el condado de Suffolk durante los ciclos electorales del 2012 y 2016, se puede plantear de entrada que la gran mayoría de personas votaron de manera “congruente” entre estos dos ciclos. De las 50 personas, 36 votaron por candidatos del mismo partido político entre el 2012 y el 2016. Es decir, el 72% de los encuestados le fueron “fieles” a su partido preferido. Esto confirma lo que ya han destacado numerosos estudios sobre la votación en los Estados Unidos, los cuales plantean que el atributo más indicativo de cómo haya votado alguien es su afiliación partidista. Si bien no se les preguntó a los sondeados si eran miembros formales de algún partido político, sí votaron como si lo fueran.

En un estudio publicado por el centro de pensamiento Pew Research Center en junio del 2021, se indica que, en la elección presidencial del 2020, Trump ganó el 92% de los republicanos y votantes independientes quienes se autoidentifican como más afines al Partido Republicano que al Partido Demócrata. Asimismo, Joseph R. Biden, candidato para ese año, ganó el 94% de quienes se identificaban como demócratas o como más afines al Partido Demócrata. Esto ilustra lo realmente sólidos que son los dos partidos políticos hegemónicos, al capturar los votos de la gran mayoría de sus electorados potenciales. A su

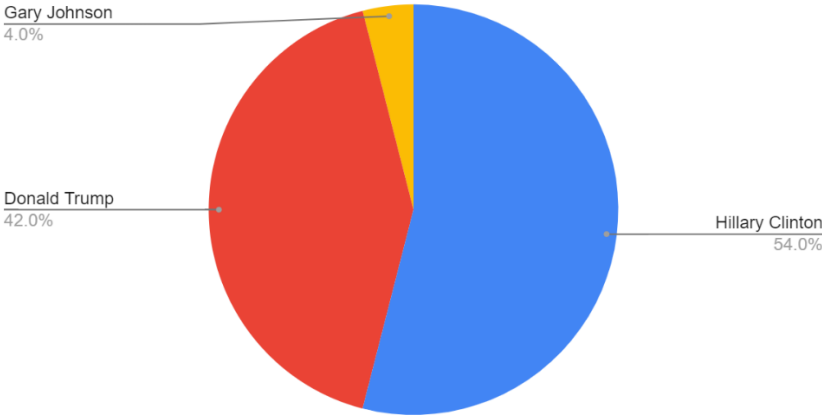
vez, lo recogido en el sondeo realizado que constituye el conjunto de los resultados empíricos de este trabajo apunta hacia el mismo hecho, a pesar de que una defección partidista del 28% entre el 2012 y 2016 es significativamente más alto que lo hallado a nivel nacional para el 2020.

A continuación, se muestran dos gráficos que reflejan los votos de los 50 sondeados para el 2012 y el 2016.

Count of 3) Who did you vote for in the 2012 presidential election?



Count of 3) Who did you vote for in the 2012 presidential election?



A primera vista, estos gráficos podrían interpretarse como sugerencia de que los dos grandes partidos del país pudieron preservar por lo menos mayorías simples de sus votantes entre el 2012 y el 2016. Claro está, sin embargo, que con sólo estos dos gráficos se podría especular si los votantes para cada partido fueron distintos entre los dos ciclos electorales.

Incluso, de manera hipotética se podría plantear que hubo intercambio de votantes entre los dos ciclos. No obstante, y de acuerdo con lo que ya se había planeado al inicio de este capítulo, la mayoría de los votantes conservó su preferencia política entre el 2012 y el 2016.

Específicamente, de los 10 sondeados quienes votaron por el candidato republicano Mitt Romney en el 2012, 9 votaron por Trump en el 2016, es decir, un 90%. La congruencia partidista entre quienes votaron por Barack Obama en el 2012 fue menos aguda. De los 38 sondeados quienes votaron por Obama en el 2012, 27 votaron por Hillary Clinton en el 2016, es decir, aproximadamente el 71.1%. Las dos personas quienes contestaron que habían votado en el 2012 por otros candidatos (en particular, una de estas dos personas votó por la candidata del Partido Verde, Jill Stein, mientras la otra persona eligió la opción Otros en el sondeo) votaron por Trump en el 2016.

Todo lo anterior, contextualizado, deja claro que, incluso en muestras significativamente más pequeñas que aquellas que son empleadas por organizaciones profesionales, se puede evidenciar que actualmente en los Estados Unidos no se percibe un abandono lo suficientemente grande de los dos grandes partidos por parte de sus votantes para afirmar que han perdido sus bases electorales. Por supuesto, esto no excluye de que se estén gestando realineamientos políticos, lo cual implicaría la migración de votantes de un partido a otro. Precisamente, de esto se encarga este trabajo.

Capítulo 2: La Tormenta Perfecta

La victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales del 2016 fue tan sorprendente que luego de que este se haya declarado como victorioso el 8 de noviembre de 2016, no tardaron en emitirse numerosas hipótesis para explicarlo. Una de las explicaciones que cogió fuerza fue la idea de que una porción significativa del electorado blanco, consumido por ansiedad de carácter racial al percibirse como un grupo cada vez más reducido; no sólo menos hegemónico, sino además más pequeño en comparación con las minorías raciales, respondió bruscamente en contra de esta tendencia demográfica en un acto de resentimiento racial masivo.

Numerosas publicaciones y estudios apoyan esta postura, ejemplificado por la publicación hecha por la comunicadora Vox en referencia a un artículo que fue publicado por The Washington Post en diciembre del 2017, titulado *Why 41% of white millennials voted for Trump*. En este artículo, los autores, quienes desarrollan una encuesta dirigida a jóvenes pertenecientes a la generación *millennial*, concluyen a partir de los resultados de ésta que el millennial blanco que haya votado por Trump no padecía, en promedio, de una situación socioeconómica más desfavorable que los votantes quienes dieron sus votos a otros candidatos. La tasa de empleo de estos jóvenes votantes por Trump se registraba alrededor del 86%, similar a quienes no votaron por Trump. Asimismo, dichos votantes que ayudaron elegir a Trump eran un 14% menos probables de pertenecer a grupos de pocos ingresos en comparación con votantes blancos quienes no votaron por Trump (Fowler, M., Medenica, V. E., & Cohen, C. J. en López, G., 2017).

Citando a otro artículo del Washington Post (*Economic anxiety isn't driving racial resentment. Racial resentment is driving economic anxiety.*), German López de Vox en la misma publicación señala que la percepción del estado de la economía estadounidense opera en función de las actitudes raciales, dentro de votantes blancos. Más específicamente, en el artículo citado, el autor de este, Michael Tesler, utiliza como puntos de referencia los años 2004 y 2012, al ser ambos años en los cuales el desempleo se había reducido previo a la reelección de un presidente (en el 2004 fue George W. Bush, en el 2012 fue Barack Obama). Al comparar los dos años, Tesler señala que la percepción del estado de la economía no fue afectada por la variable *resentimiento racial*, mientras en el 2012 se evidenció una función positiva entre actitudes de resentimiento racial y la percepción de que la economía estuviera en mal estado (Tesler, M., 2016).

Sin embargo, lo anterior no excluye otro motivo por el cuál Trump ganó en el 2016: la participación baja en las elecciones presidenciales de ese año. La revista Forbes, apenas una semana luego de los comicios electorales, publica un artículo titulado *The Non-Voters Who Decided The Election: Trump Won Because Of Lower Democratic Turnout*, donde el autor, Omri Ben-Shahar, postula que Trump no le ganó a Clinton debido a una movilización históricamente masiva de ira blanca, sino porque Clinton fracasó en asegurar los bloques electorales que tradicionalmente han votado por demócratas (Ben-Shahar, O., 2016).

Ben-Sahar da como ejemplo el caso del estado de Michigan, lugar donde Obama había ganado en el 2012 pero Clinton perdió en el 2016. En el 2012, Obama obtuvo 595,253 votos, mientras en el 2016 Clinton tan sólo alcanzó conseguir 518,000 (Ben-Shahar, O., 2016). Este fenómeno, el cual es señalado por el autor como algo que sucedió a nivel nacional, fue la verdadera causa de la derrota de Clinton, según él. Es decir, la victoria de Trump se engendró sobre la inhabilidad de Clinton en conservar los votantes quienes habían llevado a Obama a la presidencia tanto en el 2008 como el 2012.

Teniendo en cuenta lo anterior, y sumado a un modelo electoral donde el colegio electoral determina quién se queda con la presidencia, se puede afirmar que Trump se hizo con el mayor cargo ejecutivo del país norteamericano en gran parte gracias a una tormenta perfecta. Efectivamente, entre los estados de Michigan, Wisconsin, y Pennsylvania, todos estados donde Barack Obama había ganado por márgenes relativamente amplias, Trump superó a Clinton por tan sólo 80,000 votos, lo cual ni siquiera equivale al 0.1% del total de los votos dados en el 2016 (Bump, P., 2016). Es decir, se puede entender como causa de la victoria de Trump la erosión del voto demócrata.

Esta erosión queda evidenciada en las encuestas desarrolladas en el trabajo presente. Si bien la mayoría de quienes habían votado por Obama en el 2012 (38 personas) procedieron a dar su voto por Hillary Clinton en el 2016, las defecciones fueron significativas. Como se ha señalado anteriormente, el 71.1% de los votantes de Obama en el 2012 dieron su voto por Clinton en el 2016, lo cual implica que aproximadamente el 28.9% de éstos disintieron. Específicamente, la gran mayoría de estos votantes (10 personas de un total de 11) dieron su voto por Trump, mientras un individuo dio su voto por el candidato por el Partido Libertario, Gary Johnson. Es decir, más de uno en cuatro votantes de Obama sondeados dio el voto por un candidato distinto a Hillary Clinton en el 2016. Esto da muestra de una clara erosión de votos por el Partido Demócrata entre los años 2012 y 2016.

Ahora bien, esto conduce a la primera mitad de la hipótesis del trabajo presente: que los votantes Obama-Trump posiblemente fueron lo suficientemente numerosos para hacer que el condado de Suffolk pasara de dar su voto popular a Donald Trump en el 2016 luego de haberla dado a Barack Obama en el 2012. Si se tiene en cuenta que para el 2012, Barack Obama ganó el condado con 274,830 votos (es decir, el 50.8% de los votos) frente a los

259,348 que obtuvo el entonces candidato republicano Mitt Romney (el 48%) (The New York Times, 2012), se puede decir que hubo un cambio significativo para el 2016, cuando Hillary Clinton obtuvo 303,951 votos (el 44.6%) frente al 51.5% de los votos conseguidos por Trump en el condado (350,570 votos) (The New York Times, 2016). Específicamente, hubo una reducción del 6.2% en el voto por el candidato demócrata entre el 2012 y el 2016, ante un aumento del 3.5% para el candidato republicano.

En relación con lo obtenido durante el desarrollo de las 50 encuestas llevadas a cabo por el trabajo presente, se puede decir que sí, es posible que los votantes Obama-Trump hayan sido responsables por el vuelco político que da el condado Suffolk a mediados de la década pasada. De los 50 votantes sondeados, 11 fueron votantes Obama-Trump, constituyendo al 22% del grupo de muestreo. Esto supera considerablemente al giro partidista en favor de los republicanos.

Extrapolando al grupo de muestreo a los resultados electorales del condado Suffolk para el 2016, se podría determinar que, si un 22% adicional del electorado local haya votado por Clinton en vez de Trump, sumado al 44.6% que realmente obtuvo, la candidata demócrata habría obtenido el 64.6% del voto, lo cual la habría dado una victoria contundente sobre Trump. Entonces, es razonable pensar que los votantes con los cuales haya contado Obama les habrían sido cruciales a Clinton.

Si bien es posible que muchas personas quienes hayan votado por Obama en el 2012 sencillamente no acudieron a las urnas en el 2016, la presencia de tantos votantes Obama-Trump hace pensar que realmente existe un argumento fuerte de que posiblemente fueron ellos los responsables del cambio de Suffolk de azul a rojo (éstos son los colores asociados con los partidos Demócrata y Republicano, respectivamente).

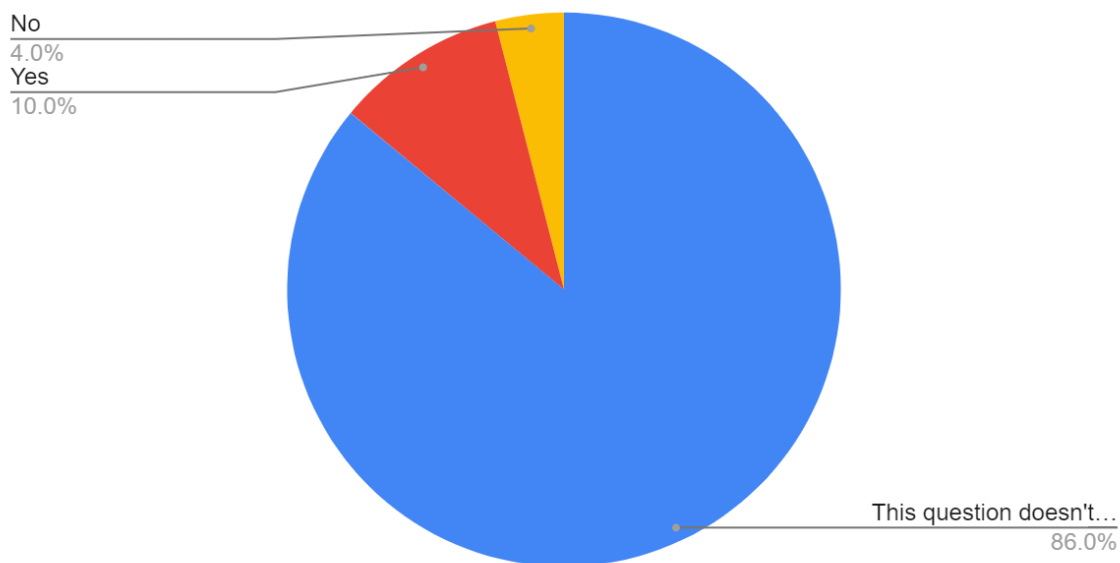
Lo anterior se puede analizar a la luz de cómo los partidos políticos median entre la sociedad civil y el Estado. El hecho de que tantos votantes de Obama hayan optado por Trump en el 2016 da cuenta de que los realineamientos políticos, tal como es el caso del condado Suffolk, no son algo fortuito sino provienen de una verdadera demanda por parte de la población. Esto se analizará a mayor profundidad en el siguiente capítulo, donde al fenómeno cuantitativo del votante Obama-Trump se le harán numerosas calificaciones para poder explicar qué lo subyace.

Capítulo 3: ¿Qué Cambió?

Habiendo ya dado una respuesta frente a la primera parte de la hipótesis, la cual preguntaba sobre si los votantes Obama-Trump fueron posiblemente lo suficientemente prevalentes en el condado Suffolk para explicar que Trump haya ganado ahí en el 2016, se hace imperativo contestar la duda despertada por la segunda parte de la hipótesis. Es decir, hay que determinar si estos votantes Obama-Trump fueron impulsados por una percepción de que su calidad de vida se haya deteriorado entre el 2008, año en el que Obama ganó la presidencia, y el 2016, año en que Trump se haya quedado con el cargo.

A continuación, se presenta un gráfico que representa la respuesta ante la pregunta *De haber empeorado, ¿considera eso motivo por el cual votó por Trump?*. Hay que señalar que esta pregunta solamente aplica para votantes Obama-Trump quienes hayan experimentado un declive en su calidad de vida, razón por la cual cualquier respuesta dada por un votante externo a este subgrupo que no haya sido “This question doesn’t apply to me.” (“Esta pregunta no aplica para mí”), fue convertida en ésta. Asimismo, algunos votantes Obama-Trump optaron por responder “Esta pregunta no aplica para mí”.

Count of 3) Who did you vote for in the 2012 presidential election?



Como se puede observar en el gráfico, hubo más votantes Obama-Trump quienes indicaron que el empeoramiento de su calidad de vida contribuyó a su decisión por optar por el candidato republicano en el 2016 que votantes Obama-Trump quienes hayan negado esta relación. Concretamente, 5 de los 11 votantes Obama-Trump encuestados contestaron que sí fue afectada su decisión electoral en el 2016 por su disminución en materia de calidad de vida. En cambio, 2 dijeron que su decisión no tenía que ver con el empeoramiento de su calidad de vida. 4 dijeron que la pregunta les era irrelevante, dado que habían contestado previamente que su calidad de vida se había mantenido estable o incluso mejorado entre el 2008 y el 2016. Estos 4 votantes, hay que destacar, son representados por el color azul, el cual está constituido principalmente por personas externas al subgrupo votantes Obama-Trump. Siendo así, se puede enunciar que una mayoría de votantes Obama-Trump dentro del grupo de muestreo no percibieron una disminución de su calidad de vida entre el 2008 y el 2016.

Siendo entonces 5 de los 50 sondeados votantes Obama-Trump quienes afirmen que el empeoramiento de su calidad de vida los haya llevado a votar por Trump a pesar de haber votado previamente por Obama (y posiblemente otros candidatos demócratas a la presidencia en años anteriores), se puede preguntar entonces si esta subdivisión del electorado es lo suficientemente grande en el condado Suffolk para explicar su realineamiento partidista. Al representar el 10% de los sondeados, se podría afirmar que posiblemente sí, dado que, si un 10% del electorado en vez de votar por Trump habría votado por Clinton, ella habría ganado dentro del condado con un 54.6% de los votos.

Ahora bien, frente al argumento de que los votantes Obama-Trump fueron fundamentales a la hora de convertir al condado Suffolk en baluarte del Partido Republicano se puede acudir a otra pregunta que fue contestada por los sondeados: ¿Qué tan de acuerdo está con la afirmación, desde el 2000 la economía ha funcionado para personas como yo? De los 11 votantes Obama-Trump solamente tres expresaron desacuerdo con ese enunciado, y tan sólo uno de esos tres afirmó haber estado muy en desacuerdo. Es decir, dentro de los votantes Trump, aquellos quienes piensan que la economía no ha funcionado para personas como ellos es inferior a quienes hayan percibido una reducción en su calidad de vida. No obstante, cada uno de los tres quienes habían expresado su frustración con el

funcionamiento de la economía concordaron en que su calidad de vida se había empeorado entre el 2008 y el 2016.

Algo que sí compartieron casi todos los votantes Obama-Trump, en cambio, fue su rechazo a la inmigración ilegal. De los 11, 7 expresaron estar muy de acuerdo con el enunciado “La inmigración ilegal le ha hecho mucho daño al país”, mientras 3 dijeron estar sólo de acuerdo, sin el calificativo de estar muy de acuerdo. En contraste, tan sólo uno manifestó estar en desacuerdo con dicha afirmación.

Ahora bien, teniendo en cuenta las opiniones de los votantes Obama-Trump frente a dos temas que en el discurso popular se han propuesto como claves para entender a este grupo de personas, es decir, la economía y la inmigración, se puede tejer una imagen más verídica de cómo figura la calidad de vida como categoría para entender su cambio de persuasión política.

Antes que nada, el hecho de que la inmigración ilegal se haya interpretado como problema mucho más apremiante que la economía revela que la calidad de vida para los votantes Obama-Trump posiblemente se podría interpretar en clave de la privación relativa. Efectivamente, al ser la calidad de vida una cuestión que incorpora elementos subjetivos, aparte de aquellos elementos objetivos que tradicionalmente se suelen asociar con el bienestar, realmente no resulta sorprendente que, aunque los votantes Obama-Trump en gran medida hayan expresado angustia frente a la disminución de su calidad de vida, no hayan mostrado consenso frente al estado de la economía y si ésta funcionaba a favor de ellos. Más bien, el fenómeno de la inmigración ilegal, lo cual implica la introducción de un grupo social externo, podría interpretarse como algo que posiblemente crea en los votantes Obama-Trump una sensación de amenaza.

Esta sensación, a su vez, sería aquel elemento que explicaría una disminución en el bienestar subjetivo, al provocar la ansiedad frente a las posibles discrepancias entre lo que los votantes Obama-Trump consideren como sus derechos, asociados a su estatus social, y la realidad en que viven. Realidad que, efectivamente, consta de un Estados Unidos cada vez más racialmente plural donde los blancos pierden su estatus de grupo mayoritario.

Ante esta amenaza percibida (su certeza es incierta dado que no se les hizo entrevistas a los encuestados, lo cual les habría permitido profundizar sobre sus problemas con la inmigración ilegal), los votantes Obama-Trump, al cambiar su preferencia partidista, estarían expresando su opinión con el fin de ejercer presión sobre el Estado para que la elimine. Esto, a su vez, toca al corazón de la definición que Sartori les da a los partidos políticos, al ser éstos los vehículos del pluralismo dentro de la democracia. Siendo así, los votantes Obama-Trump sí perciben, por lo menos, en alguna medida, una disminución en su calidad de vida, pero ligada no exclusivamente a bienes tangibles como aquello que conforma a los indicadores de bienestar socioeconómico, sino también a cuestiones de estatus, lo cual involucra experiencias sumamente subjetivas.

Conclusiones:

Habiendo desarrollado un sondeo de opinión dirigido hacia adultos quienes hayan votado en las elecciones presidenciales del 2012 y 2016, se encontraron resultados que apoyan la hipótesis del trabajo presente. Efectivamente, dentro de las personas sondeadas, un porcentaje notable son votantes Obama-Trump, quienes, si se extrapolaran al nivel del condado Suffolk, podrían explicar por qué esta región del estado de Nueva York haya dado un vuelco tan fuerte hacia la derecha en el 2016.

Estos votantes Obama-Trump, además, expresan en gran medida sentimientos de rechazo ante el rumbo que tomaron sus biografías en materia de calidad de vida entre los años 2008 y 2016 (y no se descarta que esta dirección negativa posiblemente se ha difundido más desde el 2016).

Debe destacarse, sin embargo, que existe un consenso mucho más robusto entre esos votantes frente a la inmigración ilegal que frente a si la economía es justa con ellos, lo cual implica que la reducción en calidad de vida podría para este sector pensarse en términos de bienestar subjetivo, en estrecha relación con ideas que tengan en relación con su estatus frente a un grupo de personas consideradas como ajenas.

La calidad de vida importa, pero lo que significa este concepto está lejos de estar anclado de la realidad socioeconómica, por lo menos en el caso del condado Suffolk. Esto no excluye que lo hallado en este trabajo quizás sea distinto a las realidades de otras regiones

del país, destacándose el caso del medio oeste estadounidense, región que agrupa la mayor concentración de condados pivots. Siendo así, se deben considerar las limitaciones de este trabajo a la hora de estudiar cualquier otro caso de votantes Obama-Trump (además teniendo en cuenta el grupo de muestreo relativamente pequeño).

Bibliografía:

- Ben-Shahar, O. (n.d.). *The Non-Voters Who Decided The Election: Trump Won Because Of Lower Democratic Turnout*. Forbes. Retrieved February 9, 2023, from <https://www.forbes.com/sites/omribensshahar/2016/11/17/the-non-voters-who-decided-the-election-trump-won-because-of-lower-democratic-turnout/?sh=2a6bb09353ab>
- Bland, R. L., & Little, S. G. (2017). *Economic Patterns in Voting*.
- Blumer, H. (1986). *Symbolic interactionism: Perspective and method*. Univ of California Press.
- Britt, S. H. (1945). Review of *The people's choice: How the voter makes up his mind in a presidential campaign*.
- Bump, P. (1 de diciembre de 2016). Donald Trump will be president thanks to 80,000 people in three states. *The Washington Post*. Recuperado de <https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2016/12/01/donald-trump-will-be-president-thanks-to-80000-people-in-three-states/>
- Connelly, G. M., & Field, H. H. (1944). The non-voter—who He is, what He thinks. *Public Opinion Quarterly*, 8(2), 175-187.
- Engels, F. (1978). The tactics of social democracy. *The Marx-Engels Reader*, 556-573.
- Farley, J. E. (2019). Five decisive States: Examining how and why Donald Trump won the 2016 election. *The Sociological Quarterly*, 60(3), 337-353.
- Ferriss, A. L. (2004). The quality of life concept in sociology. *The American Sociologist*, 35(3), 37-51.
- Fowler, M., Medenica, V. E., & Cohen, C. J. (2017, December 15). Analysis | Why 41 percent of white millennials voted for Trump. *Washington Post*.

- <https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2017/12/15/racial-resentment-is-why-41-percent-of-white-millennials-voted-for-trump-in-2016/>
- Hackworth, J. (2019). *Manufacturing decline: How racism and the conservative movement crush the American Rust Belt*. Columbia University Press.
 - Hansen, K. M., & Pedersen, R. T. (2014). Campaigns matter: How voters become knowledgeable and efficacious during election campaigns. *Political Communication*, 31(2), 303-324.
 - Igielnik, R., Keeter, S., & Hartig, H. (2021, June 30). *Behind Biden's 2020 Victory*. Pew Research Center. <https://www.pewresearch.org/politics/2021/06/30/behind-bidens-2020-victory/>
 - Katz, Richard S., and William J. Crotty, eds. *Handbook of party politics*. Sage, 2005.
 - Lau, R. R., & Redlawsk, D. P. (2006). *How voters decide: Information processing in election campaigns*. Cambridge University Press.
 - Lopez, G. (2017, December 15). *The past year of research has made it very clear: Trump won because of racial resentment*. Vox; Vox. <https://www.vox.com/identities/2017/12/15/16781222/trump-racism-economic-anxiety-study>
 - McQuarrie, M. (2017). The revolt of the Rust Belt: place and politics in the age of anger. *The British Journal of Sociology*, 68, S120-S152.
 - Michels, R. (1915). *Political parties: A sociological study of the oligarchical tendencies of modern democracy*. Hearst's International Library Company.
 - Morgan, S. L., & Lee, J. (2018). Trump voters and the white working class. *Sociological Science*, 5, 234-245.
 - Mudge, S. L., & Chen, A. S. (2014). Political parties and the sociological imagination: past, present, and future directions. *Annual Review of Sociology*, 40.
 - Mukherjee, R. (1989) *The Quality of Life: Valuation in Social Research*. New Delhi/Newbury Park/London: Sage Publications.
 - Parsons, T. (1974). *El sistema de las sociedades modernas* (No. 04; HN11, P3.). México^ eD. F D. F: Trillas.

- Runciman, W. G., & Bagley, C. R. (1969). Status consistency, relative deprivation, and attitudes to immigrants. *Sociology*, 3(3), 359-375.
- Sartori, G. (1999). *Partidos y sistemas de partidos: marco para un análisis* (Vol. 107). St. Martin's Press.
- Tesler, M. (n.d.). Analysis | Economic anxiety isn't driving racial resentment. Racial resentment is driving economic anxiety. *Washington Post*.
<https://www.washingtonpost.com/news/monkey-cage/wp/2016/08/22/economic-anxiety-isnt-driving-racial-resentment-racial-resentment-is-driving-economic-anxiety/>
- The New York Times. (2012). *The New York Times Election 2012*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/elections/2012/results/president.html>
- The New York Times. (2016). *2016 Presidential Election Results*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/elections/2016/results/president>
- Van Winkle, W. W. (2020). *Appealing to the Rust Belt and Appalachian Voter—Trump and the Rhetoric of Nostalgia and Race* (Doctoral dissertation, University of Dayton).
- Weber, M. (2018). *Class, status, party* (pp. 165-174). Routledge.
- Zapata, C. S., & Duque, M. O. G. (2013). La noción de calidad de vida y su medición. *Revista CES Salud Pública*, 4(1), 36-46.